

¿Para quién se escribe?

EDUARDO ANTONIO PARRA

Una de las preguntas que se hace el escritor en ciernes y permanecerá en su mente durante muchos años es ¿para quién escribe? No es algo banal. Cada vez que un alguien publica un nuevo libro, no falta el periodista que lo cuestiona acerca del “lector” al que dirige la obra. A veces el aludido responde “A mí no me importan los lectores”. En otras ocasiones la respuesta es “Escribo para mí”, lo que desde cualquier perspectiva resulta incongruente con la publicación de la obra. En un tenor semejante, pero con más elegancia, dicen que Rulfo, hablando de *Pedro Páramo*, aseguró que lo había escrito porque “es el libro que yo quería leer y no estaba en mi librero”.

En otros tiempos los escritores contaban con receptores cuyos comentarios condicionaban sus obras, sin que nadie los acusara de “hacer concesiones” al público. En la Grecia antigua, por ejemplo, los dramaturgos Esquilo, Sófocles y Eurípides *debían* complacer a la multitud del teatro, a riesgo de perder fama, salud y hasta la vida, pues el pueblo ateniense, si veía su gusto ofendido por una tragedia, lanzaba sobre el autor una lluvia de piedras (con los siglos fueron sustituidas por frutas y legumbres podridas, pero la costumbre permaneció). Así, los tres trágicos aprovechaban la “retroalimentación” para hacer sustracciones o añadidos con tal de agradar al público durante la siguiente representación. Esas obras llenas de “concesiones a la plebe” son las que dejaron a la posteridad, que

las consideró clásicas.

Durante el Medioevo y el Renacimiento la obra de los escritores debía ser del gusto de obispos y sacerdotes, quienes al leerla hacían observaciones que casi siempre eran acatadas (aún estaba en peligro la fama, la salud y, en tiempos de la Inquisición, incluso la libertad y la vida). Las cosas no habían cambiado mucho en ese aspecto y, no obstante, a diferencia de ahora, el escritor conocía perfectamente el rostro y la manera de pensar de sus principales lectores, y a veces hasta de aquellos que no eran tan “principales” y empezaban a conformar “su público”. Cuando se escribía bajo la protección de los mecenas sucedía lo mismo: de la aprobación o reprobación de “quien pagaba” dependía el alimento del artista y de su familia y, de los esporádi-

cos lectores independientes (quizás entonces aún no tan “anónimos”), la nutrición de su ego.

Hasta el siglo XIX “escribir” se convirtió en un oficio liberal que redituaba algo de ganancia y, por lo tanto, independencia. Sin embargo, a pesar de que ya se daba entonces cierta masificación de la literatura, los narradores seguían conociendo las facciones y la mentalidad de sus lectores. Escribían para los burgueses educados y trataban de halagarlos incluso cuando denunciaban sus vicios o al ridiculizarlos en el papel. Tenían la ventaja de saber, al menos de un modo general, cómo iban a reaccionar ante su obra.

Quizá fue durante la primera mitad del siglo XX cuando el escritor comenzó a “especializarse”, a escribir para determinado público. Quienes abrazaron las vanguardias escribían para sus colegas y para los



críticos, si acaso también para artistas de otras disciplinas, aunque dijeran que lo hacían para el público. Los revolucionarios de izquierda lo mismo, aunque pensaran que sus escritos estaban dirigidos “a las masas” (que no sabían leer) y, más tarde, según su nacionalidad, para las autoridades del Partido: sus lectores más atentos. Los que siguieron fieles al “gusto de las mayorías” (el público anónimo) establecido durante el siglo anterior, pronto se vieron desplazados por el cine, la radio y, más adelante, por la televisión y otros medios más avanzados.

Sándor Márai, el gran escritor húngaro recientemente rescatado para la lengua española, apunta en su libro de memorias *¡Tierra! ¡Tierra!*: “Los escritores necesitan conocer el rostro de sus lectores. No en el circo de las veladas literarias, sino en otro lugar y de otra forma. Como los espiritistas ven el aura de la persona evocada en el plasma materializado. Una obra literaria no es solamente lo que el escritor (y el libro) cuentan, ni tampoco su manera de relatar, sino sobre todo la atmósfera que la rodea. En esa atmósfera el libro cobra vida, y sin ella se resume en un astro frío, en un cuerpo celeste que brilla pero no tiene alma”. Y agrega: “Para que un libro

permanezca vivo, el escritor debe saber que en algún lugar del presente o el futuro existe un ser extraño, su lector, un fenómeno dialéctico que es su aliado y al mismo tiempo su enemigo. Alguien que lo invoca y al mismo tiempo lo rechaza. Hay

**LOS ESCRITORES
NECESITAN CONOCER EL
ROSTRO DE SUS
LECTORES. NO EN EL
CIRCO DE LAS VELADAS
LITERARIAS, SINO EN
OTRO LUGAR Y DE OTRA
FORMA. COMO LOS
ESPIRITISTAS VEN EL
AURA DE LA PERSONA
EVOCADA EN EL PLASMA
MATERIALIZADO.**

algo sensual en ese fenómeno, algo invocador y algo amenazador. Él es la pareja, como la mujer en el amor”.

Ahora, cuando la industrialización del libro ha convertido a nuestros posibles lectores en una pequeña masa amorfa, completamente anónima, en la que tan sólo de vez en vez es posible distinguir algún rostro concreto, o cuando la radio, la prensa y la televisión se han convertido en las rutas más seguras para que un autor se dé a conocer al público, o cuando los pocos lectores con que contamos están dispersos en los estratos ideológicos, educativos y sociales, o cuando la

obra literaria se ha transformado en un artículo cada vez más desechable, resulta difícil, casi imposible, concebir para quién se escribe.

Acaso por eso, ante una pregunta tan insistente, muchos colegas se atienen a respuestas como “No me importan los lectores” o “Escribo para mí mismo”. El poeta Luis Cernuda centró su esperanza, su necesidad, en un poeta futuro, a quien le dice: “Cuando en días venideros, (...) lleve el destino/ tu mano hacia el volumen donde yacían/ olvidados mis versos, y lo abras,/ yo sé que sentirás mi voz llegarte,/ no de la letra vieja, mas del fondo/ vivo de tu entraña, con un afán sin nombre/ que tú dominarás. Escúchame y comprende./ En sus limbos mi alma quizá recuerde algo,/ y entonces en ti

mismo mis sueños y deseos/ tendrán razón al fin, y habré vivido”.

En lo particular, quien esto escribe no lo hace para “nadie” (le importan los lectores, aunque sean pocos), ni para el “escritor futuro”, ni tampoco para “él mismo”, aunque sí para quien guarde con él ciertas coincidencias de interés estético, de cultura, de manera de pensar. Alguien que, aunque no sea idéntico, funcione como una suerte de reflejo, acaso distorsionado, pero con ciertas semejanzas. Debe existir. Este escritor lo intuye. Lo supo desde que leyó un verso de Jaime Sabines que reza: “Ando buscando un hombre que se parezca a mí...”.

